

Concursos de creación literaria 2020 y 2021

PREMIOS AL ARTE

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria



La Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria publica esta recopilación de las obras presentadas a las ediciones del CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA de los años 2020 y 2021, todos de temática libre.

Del contenido y veracidad de todos y cada uno de los relatos publicados son responsabilidad de sus autores.

Por respeto a la creación y libertad literaria, los relatos han sido publicados tal y como los ha recibido la organización, sin corrección ni variación alguna.

Edita: Ayuntamiento de Candelaria.

Alcaldesa **María Concepción Brito Núñez.**

Concejal de Cultura **Manuel Alberto González Pestano.**

“Escribir es la manera más profunda de leer la vida”

Francisco Umbral

Índice **CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2020**

Mar interior	7
Tijeras	8
Vidas	10
Ascenso y caída de Huberto	12
El interrogatorio	14
La predicción	15
Infancia amarga	17
Esquizo	19
Perrito bonito	20
El inmigrante	21
Rey de reyes	23
Abuela Rosa	25
Regla de signos	27
Desapego	29
Callejón Querencia	31
Paraguas de papel	33
Colgada	35
Amo a la vida	36

1er PREMIO 2020

Relato: MAR INTERIOR

Autor: JOSÉ RAMÓN HERNÁNDEZ LÓPEZ

La sombra visitaba cada tarde nuestro patio de la casa de Igueste. Alargaba poco a poco sus dominios, alegrando a las hortensias y dando un respiro a las viejas losetas, que ardían con el sol del verano.

Desde primeras horas de la tarde, mi hermana me abotargaba la cabeza con su escandalosa radio, a ritmo de los machacones éxitos estivales de los ochenta, y de vez en cuando, con la voz rota de Sabina y sus desamores.

El tiempo permanecía dormido hasta que la casa era tomada por los efluvios tostados que salían de la cafetera de tía Rita. Esa era la señal que me permitía correr por la galería, atravesar el patio, subir a bordo y desatar la batalla. No había pirata enemigo que se resistiera al abordaje, ni tripulación que tuviera otra opción que rendirse. Nadie conocía mejor que yo cada rincón de aquel barco.

Las horas se me escapaban deprisa. Un repetitivo tintineo de tenedor batiendo huevos, en la cocina de mis tíos, me marcaba el regreso a tierra firme.

Estaba obligado a bajar hasta cubierta, saltar a tierra y dejar la nave al paio hasta la próxima aventura. Era entonces cuando los palos se retorcían convirtiéndose en ramas, las velas se dividían formando gruesas hojas y mi galeón volvía a ser nuestro nisperero.

2º PREMIO 2020

Relato: TIJERAS

Autor: DANIEL HERZOG CRUZ

Los espejos revelan quiénes somos realmente: nuestras facciones, nuestras imperfecciones, nuestras preocupaciones, pero, sobre todo, nuestras debilidades. Me miro en él todas las mañanas, tardes y noches. Pero cada vez que me sumerjo en su infinita profundidad, soy consumida por los pensamientos más oscuros y corrompidos que rondan mi mente. Y este terrible enredo que me ronda la cabeza tiene la culpa de todo. Me siento superada, embrollada, liada. No hay quién aguante más este desorden. El miedo y la confusión siempre nos lleva a cometer estupideces.

Aquí me encuentro, al amanecer, delante del espejo, con todo planeado, decidida a terminar con esto. El alba entra tenuemente por la ventana; no es mucha la luz en horas tan tempranas, pero suficiente como para poder verme reflejada en el tocador, sobre el que se encuentra la herramienta para acabar con mi angustioso sufrimiento: las tijeras más

afiladas que he podido encontrar por casa. Quizás hubiera sido mejor la afilada cuchilla de barbero de mi padre, pero no logré toparme con su escondrijo por ninguna parte. No me extrañaría que, conociendo mis arrebatos, la hubiese escondido a propósito. Teniendo ya todo lo que necesito sobre el mueble, no quiero esperar más. El tiempo nos hace cambiar de idea muy rápido, y la determinación que siento en estos momentos es lo único que me mantiene en mi decidido rumbo. Sostengo las tijeras con la mano derecha, temblorosa y sudante, pero decidida. Siento el peso de todos mis seres queridos, como si los tuviese encima de la mano, tratando de evitar la tragedia. Pero no, esta vez no dejaré que pesen sobre mi criterio: debo ser egoísta y hacer lo que necesite para hallar la paz.

Con determinación, alzo las tijeras por encima del hombro, pasando las finas hojas cerca del cuello. Me miro en el espejo, y por primera vez en mucho tiempo, me veo sin miedo, fuerte, decidida.

Una decisión de tal gravedad, reducida a un simple movimiento de mis dedos pulgar e índice. En un impulso, sin pensarlo, cierro los ojos y realizo un corte limpio, directo y preciso. Inmediatamente me siento aliviada, como si lo más duro ya hubiese pasado.

Pierdo la noción del tiempo muy lentamente, mientras el suelo se va inundando poco a poco con mis restos. He dejado de ser quien era, y por fin, en mucho tiempo, siento paz y tranquilidad, como si ya no tuviese más preocupaciones en mi cabeza. No estoy segura de que mis familiares y amigos puedan estar orgullosos de mi valiente acto, aunque si espero que lo entiendan. Eso sí, no creo que todos ellos puedan reconocermé ahora con el cabello tan corto.

Autora: ANA GUACIMARA HERNÁNDEZ MARTÍN

De aquel día recuerdo los pasillos grises del hospital, el sudor impregnado en los cristales, lágrimas esparcidas en un clínex apretado en las manos, cafés amargos de la máquina expendedora. Me encontré tras las chirriantes ruedas de una camilla que ha trasladado a tantas embarazadas que ya, la grasa en los hierros no hace nada. Los médicos deciden cesárea urgente, se temía por nuestras vidas y ya no había tiempo para un parto natural. Proceden a la operación y en menos de media hora, se escucha un llanto. Todo ha sido un éxito y a pesar de nacer con treinta semanas, la bebé sobrevive y, además, con un buen pronóstico. A la niña la pusieron tan solo un instante en mi cara, éramos dos almas unidas que se separaban ahora en dos cuerpos. La niña paraba su llanto y yo emocionada, empezaba a llorar, una enfermera sollozaba: “tu bebé está bien”. Comenzaba un camino desconocido para ambas, la unidad de neonatos. En este caso, las ganas de vivir estaban por encima de todo. Decidí llamarla Gea, representando la vitalidad que había en ella. La pequeña Gea parecía fuerte, en realidad lo era, pero tenía que recuperarse antes de poder salir al mundo exterior. Era una niña muy pequeña, de tan solo un kilogramo y cuarenta centímetros, con la piel muy fina, enrojecida, cubierta de lanugo. Aún todo su sistema estaba muy inmaduro. Después de varios días de pruebas y observaciones, el diagnóstico de Gea era favorable. Los días pasaban lentos y yo pasaba todo el día en el hospital. La sala de cuidados intensivos se llenaba de mil sensaciones. Por un lado, el intenso frío que invadía el recinto y por otro, los pitidos incesantes de las máquinas, los pasos agitados de las enfermeras, además de un olor peculiar mezclado entre leche materna y medicamentos. Opté siempre por la terapia canguro y notaba como de esa forma, Gea cada día estaba más fuerte.

Cinco semanas después, con un peso de 2,300kg y 47 centímetros, salíamos al mundo externo. El tiempo pasó favorable para ambas y Gea, con apenas un año, había logrado ser toda una campeona vital, transmitiendo siempre sus ganas de vivir. Pasaron los años. Hoy la brisa mueve la hierba, dejando tras de sí, un aroma de azahar. Estoy sentada recostada entre las flores, con los ojos cerrados, sintiendo el sol que inunda este mes de abril, se escuchan algunos pájaros y las flores se doblagan en el viento suave, a la vez que una risa infantil desborda a la propia naturaleza. Gea es inmensamente feliz, jugando en la tranquilidad de la tarde. No existe nada más que pueda llenar este día, en la simplicidad todo es perfecto, pues en su ser se encuentra... la vida.

Relato: ASCENSO Y CAÍDA DE HUBERTO

Autor: LUIS GABRIEL DAVID GARCÍA

Todos los súbditos del viejo monarca quedaron boquiabiertos y con el espíritu gélido al conocer la voluntad póstuma de su amado Señor. Nobles y villanos, siervos y hombres libres, religiosos y seculares, sintieron por igual el peso de la Real decisión. El temido conde Huberto, sobrino favorito de su Majestad, era el nuevo soberano. Desplazados habían quedado los enfermizos y débiles príncipes.

No bien se hubo apropiado del trono, de la corona, del cetro, del manto de piel de león y de la espada con empuñadura de piedras preciosas, Huberto I dispuso que la sangre de posibles traidores y conspiradores corriese hasta enrojecer la tierra.

Se casó con una hermosa princesa normanda y se amancebo con medio centenar de concubinas multirraciales. Conquistó con la fuerza de sus ejércitos todos los estados vecinos y los que quedaban al otro lado del mar. Confiscó las tierras de la Iglesia y de los antipáticos señores feudales; y acumuló tanto oro de impuestos y pillajes que seguramente el legendario rey Midas hubiera entrado en convulsiones histéricas a causa de la envidia. Pero, así como fue de vertiginoso su triunfo, no dejó de ser menos rápido su ocaso.

La lepra le atacó sin misericordia y sus generales mercenarios le traicionaron reduciéndole a la condición de miserable indigente, cuyo destino sería vagar por los caminos, repudiado por la especie humana, hasta el final de sus días.

Efímero resultó el reinado del desdichado Huberto: una hora y diez minutos, al cabo de los cuales salió a la fría calle vestido con su viejo abrigo, pensando en que, como director de la compañía teatral, al día siguiente debía reunir el dinero necesario para pagar el alquiler del local donde se representaba la obra y los honorarios del elenco, conformado

por mujeres y hombres de edad madura pero de mucho talento que ya no eran llamados por las producciones del circuito profesional, donde se demandaba más juventud y belleza que dominio del oficio actoral. Por lo cual esta troupe de veteranos había decidido conformar una cooperativa para realizar sus propios montajes y poder vivir dignamente de su amada profesión...Pero los números no terminaban de cuadrar a pesar de la calidad de los espectáculos y el precio asequible de las entradas.

Relato: EL INTERROGATORIO

Autora: HERMINIA DIONIS PIQUERO

Su Eminencia, lamento comunicarle que, a pesar de que hicimos lo que pudimos, murió completamente.

De nada sirvieron las humedades del calabozo ni los fríos intensos que atraviesan las piedras del castillo que nos prestó para el caso (no hago referencia al nombre de la plaza por no atraer la envidia de miradas furtivas). Ni azotes ni *garrucha* ni *toca* ni *potro*, consiguieron extirparle ninguna confesión.

Por decoro el médico volvió a introducirle el ojo siniestro en su cuenca vacía (se le desprendió mansamente aún no sabemos cómo). Acoyuntó la clavícula (desmadejada en la tercera pregunta), y desaguó el vientre inflado (tragó ocho cántaras sin queja).

Como podrá comprobar, lo común, Ilustrísima, lo común sin ensañamiento, de ahí que el interrogatorio resultara baladí y no le arrancáramos, a pesar de alargar media vara su lengua, el misterio de dónde escondía los libros que leía y las amigas que la apoyaban en semejante aberración.

Todo lo que dijo desde el inicio (con timbre fuerte y bien pronunciado), hasta el final del proceso (más torpe en su claridad debido, probablemente, a la elongación del miembro del habla), fue el *Pater Noster*, ¡a fe mía que no he visto judía más conversa!

Dios guarde a Su Excelentísima en esta vida y muy especialmente, en la eterna, que dura más.

El escribano.

Relato: LA PREDICCIÓN

Autor: MANUEL IZQUIERDO RUÍZ

En el centro de la estancia un caldero borbollaba mansamente sobre un fuego que trenzaba arabescos anaranjados sobre su tiznada panza metálica, alimentado eternamente por unos leños de tejo anciano que de forma inaudita ardían sin consumirse jamás.

A la luz del fuego hechizado, las sombras se deshacían en cabriolas imposibles y revelaban imágenes fugaces del interior de la estancia que mostraba sus paredes tachonadas de viejos libros sesteando sobre estantes derrotados bajo su peso milenario. Una castigada mesa, invadida por redomas y artefactos mullidos por el manto de polvo que dormitaba sobre ellos, ocupaba buena parte del poco espacio disponible y poco más vestía el magro ajuar del recinto.

De entre las sombras la figura ajada del mago surgió como un espectro, sujetando entre sus manos consumidas una cristalina bola que depositó con diligencia sobre una pequeña peana preparada para el caso en el ventanuco que oteaba el Oriente, por donde se empezaba a adivinar el destello albo de la Luna llena.

Al instante el corazón de la esfera pareció avivarse y vibrar al son del conjuro para a continuación hacer imagen de la luz y crear sobre sus entrañas invisibles sombras y figuras, fantasmas que a los huidizos ojos del mago tomaron formas conocidas y hablaron sólo para sus oídos de iniciado.

Podía ver con claridad la imagen de una hacienda mal encalada y algo abandonada, aunque no pobre. En el dormitorio principal un hombre demacrado agonizaba rodeado de apenas media docena de familiares y allegados que lloraban su inminente pérdida, pudo escuchar sus llantos y ante aquella escena de dolor la cara del nigromante se tajó cruelmente con algo parecido a una sonrisa.

El siniestro brujo no cabía en sí de gozo, había sacrificado toda su vida en pos de la aniquilación del caballero y no sólo lo había conseguido al fin, sino que además su nombre y su memoria se le antojaba que bien pronto caerían en el olvido; en un suspiro la veleidosa memoria de las gentes ya no recordaría detalle de la historia de aquel loco y sus extravagancias. Si acaso cuando alguien leyese sobre él mismo, sobre el gran sabio Frestón, harían quizá mención vaga a una de sus mayores gestas, como fue la destrucción del último caballero andante, un último caballero del que sin duda nadie hallaría recuerdo alguno de sus hazañas ni por supuesto de su nombre. De este punto su saber sin límite no tenía duda alguna.

Relato: INFANCIA AMARGA

Autor: JOSÉ LUIS BRAGADO GARCÍA

Soy Alicia, tengo once años, y no me gusta el caldo de gallina. Si lo como, el estómago se me llena de angustia y llora, entre retortijones, toda la tarde; si lo ceno, me despierto cada tres horas para ir al baño. A mí no me gusta el caldo de gallina, como no me gusta “él”, – mi padre - . A “él” no se lo he dicho porque me da miedo y ni siquiera sabe lo que necesito; además, me demuestra que le importa poco y, hasta le puede fastidiar saberlo, porque cuando algo le contraría, grita y se enoja. Y si se enfada, rompe cosas y golpea a mamá. En esas ocasiones – como acaba de ocurrir ahora miso – yo me asusto mucho y corro a esconderme debajo de la cama tapándome los oídos para no oír nada.

A mí mamá la quiero mucho. Todos los días se maquilla un poco cuando me acompaña al colegio, no quiere que las otras madres le vean la cara con moratones. A ella le da mucha vergüenza que la vean así; aunque, algunas mamás van siempre muy maquilladas y yo pienso, que es porque esos papás son peor que el mío. Mi mamá siempre tiene los ojos tristes. Yo he aprendido a leer el miedo en ellos, lo aprendí antes que los cuentos en el colegio. Lo leo en su mirada cuando “él” la amenaza o la golpea y cae a sus pies. En esos instantes mamá no le suplica que la deje de pegar por ella, sino, porque yo no debo verlo. Ella se horroriza mucho si yo lo presencio. Sin embargo, “él”, no. “Él” desea que yo lo vea para que aprenda a ser una mujer.

A mamá la veo sufrir mucho. En ocasiones se pasa días enteros llorando y sin hablar con nadie, Se lo ha prohibió “él”. Por eso desde hace dos años, yo me he negado a hablar. No hablo ni en casa, ni en el colegio, ni con nadie...

Hace una hora que no siento jaleo en casa, salgo de debajo de la cama y veo a mamá en el suelo sobre un charco de sangre. Su piel blanca

está más pálida que nunca. Tengo mucho miedo. No sé casi nada de la muerte. En el cuarto de baño está “él”. Tiene la boca llena de espuma. Sobre el piso hay un montón de pastillas extrañas. Tengo frío. Es de noche y nuestra casa está alejada del pueblo, me da terror la oscuridad, pero, tengo que pedir ayuda. Rompo mi promesa de no hablar y llamo por teléfono a tía Luisa que vive en otra ciudad. Tía Luisa me dice que ya vienen a socorrernos. Me acerco al lugar donde está tendida mamá. Ella intenta tranquilizarme balbuceando y me sonrío. Me tumbo a su lado abrazándola con cariño para darle calor.

- Ya viene a ayudarnos mamá – le digo.

Espero que vengan pronto porque mamá está herida y, alguien debería llevárselo a “él”; porque... huele de forma desagradable a caldo de gallina y me da ganas de vomitar.

Relato: ESQUIZO

Autor: JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

Todos — mis familiares, amigos y compañeros del trabajo — aseguran que soy un tipo estupendo, alguien con quien merece la pena estar de guasa, tomando cañas o comiendo opíparamente en sobremesas que perduran hasta el atardecer. Me halagan si me afirman que me mantengo en forma y que aún perduran en cada parte de mi cuerpo los estigmas floridos de la belleza. Me enorgullezco si me juran que marcharían conmigo a una isla abandonada de cualquier Pacífico. Comprendo que no me engañan. Asumo como auténtica su sinceridad.

Lo que desconocen todo estos — familiares, amigos y compañeros de trabajo — es que ante un espejo contemplo reflejado en su cristal reluciente a un hombre con los ojos en blanco, ligeramente estriados en riachuelos de sangre, las orejas en punta, la boca grande y los labios grandes y los dientes de escualo y tanta pelambreira y tantas malas intenciones y bajos instintos que, si me vieran, tal como soy, echarían a correr hacia la paz del mundo, evitando a toda costa mi presencia.

Lo que ninguno — familiares, amigos, compañeros de trabajo y yo — ignoramos es que todos somos alguien diferente a nosotros mismos.

Relato: PERRITO BONITO

Autor: JAVIER VÁZQUEZ LOSADA

— ¿Y cómo sé yo que mi perro no va a sufrir daño alguno?

— Eso, eso, ¿qué clase de garantía nos puede dar?

Eduardo Martín se mordió las uñas como siempre que se ponía nervioso. El estreno de la lavandería canina había convocado a todos los dueños de perros de los alrededores.

— Tranquilos — les dijo Eduardo — las lavadoras caninas que he inventado son completamente seguras... tanto, que yo mismo les haré una demostración.

Eduardo eligió al efecto la más grande de cuantas había en su lavandería, la destinada a los canes de mayor tamaño. Apretó las teclas necesarias para que el programa se pusiese en marcha y, acto seguido, se despidió sonriente de los expectantes amos y se metió en la lavadora.

Hoy, la mayoría de ellos le recuerda mientras acarician a sus perros con verdadera sensación de alivio.

Relato: EL INMIGRANTE

Autor: ALFONSO SERGIO BARRAGÁN RINCÓN

Hay días y días. Pero la última semana solo hubo un día para él: uno muy negro y antojadizamente largo. Un día de horas inacabables. Un montón de minutos que no sabría calcular, a dique seco. Ni un trago que no fuese agua para llevarse a la boca. Ni un duro en el bolsillo, y su compañero de correrías en la trena, por lo que como no se le ocurriese algún golpe de última hora, a una semana del cobro de la ayuda, negra le pintaba la cosa. Afortunadamente, compró algo de comida antes de dilapidar el dinero en tres días seguidos de borrachera. Desplazó el cuerpo con brusquedad hacia la derecha del banco que ocupaba buscando un lugar más sombreado, pues el fresco tamizado que le proporcionaba las ramas del palisandro bajo el que se encontraba había disminuido sensiblemente.

Entonces, un desafiante sonido pareció taladrarle los tímpanos, irritándolo aún más, aunque en realidad, se trataba de una dulce tonada hilada a bases de melodiosas notas de violín.

Caminó indolente hacia el lugar de donde surgía la música, hasta que la puerta de un supermercado reclamó su atención. Entró en él sin pensárselo, con el descreimiento de a quien la pobreza le da derecho a todo, y arrambló con un pack de cervezas. Dos empleados lo siguieron inseguros de si merecía la pena plantarle cara a semejante individuo por una mercancía de tan bajo precio. Abrió una lata y tragó con rabia la espuma caliente que surgió a borbotones. Las demás, las arrojó con inquina a los pies de sus perseguidores. Continuó caminando a paso lento cuando se percató que habían dejado de seguirle. Casi se dio de bruces con un hombre delgado y de aspecto enfermizo que tocaba el violín. Delante de él, sobre la acera, un ajado sombrero respunteado en su interior por algunas monedas. Se dirigió hacia él con las facciones salpicadas de odio. Le arrancó el instrumento de las manos y lo arrojó

al suelo tras rapiñar la exigua recaudación. Siguió su camino sin mirar atrás maldiciendo a los pedigüeños y a los inmigrantes. El hombre se arrodilló mirando con pena el violín desfondado. Rememoró amargas imágenes. Kirkijan. El bombardeo. Todo cuanto tenía y quería bajo los escombros. El violín milagrosamente intacto junto al cadáver de su mujer.

Cruzó el descampado a la carrera. Miró hacia atrás. Nadie. Sonrió satisfecho. Los había despistado. Saltó a un profuso herbazal sintiéndose seguro. Lanzó un estridente grito al sentir una terrible punzada de dolor. Una estaca había acertado a clavarse profundamente en su muslo, del que brotaba con ímpetu la sangre. Avanzó unos metros a rastras con la angustia ocluyéndole la garganta, en la certeza de que, aunque gritase, nadie escucharía su voz en aquel descampado lejos de cualquier lugar habitado. Comenzó a sentirse muy débil, el paisaje se transformó en una espiral niebla y luces parpadeantes entre la que parecía abrirse paso una sombra.

Recuperó el sentido en la ambulancia. Un sanitario cortaba algo parecido a gruesos hilos de pescar que constreñían su mulo. Enfrente, el hombre del violín sosteniendo contra su pecho el instrumento desfondado y sin cuerdas. Le sonreía amigablemente.

Relato: REY DE REYES

Autor: ALFONSO SERGIO BARRAGÁN RINCÓN

Nada más salir del edificio respiró ansioso una bocanada de aire que resonó en su garganta como un estertor de agonía. Aun así, se apresuró a encender un cigarrillo. La llama del mechero se mostró ante sus ojos empapados en lágrimas como un borroso y deforme resplandor. Había transcurrido mucho tiempo desde aquella noche. Hasta ese momento nunca había sentido más que un leve arrepentimiento y, aun así, era algo que le ocurría muy de tarde en tarde, cuando alguna imagen o frase no intencionada le traía a la mente aquella patética postal: la imagen del mantero de los bolsos sentado en el encharcado suelo con la espalda pegada a la pared junto a un contenedor, como si fuese un detrito más o un inservible objeto, pero manteniendo abrazada en su regazo la corona de oropel con la que tan orgulloso había desfilado.

Aquel tipejo, Yaro, - no podía olvidar ese nombre que con tanta afectación pronunciaban los parroquianos - se había permitido ser el primer Baltasar negro del pueblo. No solo le bastaba a esa gentuza con quitarles el trabajo y llevarse el dinero de sus impuestos, sino que, además, la gente los homenajeara. La sangre se le inflamó al presenciar aquella odiosa estampa: un rostro feliz, luciendo una amplia y blanca sonrisa de labios gruesos, y unos grandes ojos realzados bajo un suntuoso turbante repartiendo juguetes y caramelos a los niños que le lanzaban besos y aplausos cómo nunca antes lo habían hecho a ningún rey. *“Mis putos paisanos aclamando a un pordiosero que ni tan siquiera es del pueblo”*.

Dio con él a la entrada del callejón -todavía esa enorme sonrisa engarzada en los labios- aún disfrazado de Rey Mago, llevando la corona en las manos con evidente orgullo.

Amaneció el día teñido de oscuro. La alegría de tan señalada festividad se empañó rápidamente cuando la diáspora del eco de la luctuosa noticia salpicó de estupor y tristeza a los parroquianos. El cielo desaguó sobre ojos llorosos, juguetes inmóviles, risas olvidadas... y en todas las comidas familiares se acallaron las voces durante un minuto en señal de respeto y memoria. Él no tardó en olvidarse de aquella maldita historia que acabaría erigiendo a Yaro en leyenda.

Miró hacia la luz que traslucían los ventanales de la habitación del hospital. Un estremecimiento agitó su carne como el brazo de una galerna. Nueve meses ansiando coger en brazos a su primogénito, sangre de su sangre, su Rey... Se estremeció al recordar el momento en el que se le vino el mundo encima, cuando, alarmado por unas intrigantes miradas, apartó de un manotazo la manta que cubría el regazo de su mujer sin atender a alguna voz que quiso advertirle. Se quedó clavado cuando vio aquel cuerpecito. Su suegro lo cogió del brazo y lo sacó al pasillo mientras continuaba estupefacto. Intentó explicárselo con la pesadumbre empañándole los ojos. Había sucedido una vez en la familia, pero nadie pensó...

Encendió otro cigarrillo. Aun con horas, aquel pequeñín era su viva imagen, salvo por ese pequeño detalle. Lloraba, mientras rumiaba el amargor de saber que le quedaban muchos años en los que recordar a ese rey del mismo color que su hijo al que una noche, tiempo atrás, truncó su sonrisa de felicidad a punta de navaja. Una sonrisa que se le antojó, le seguiría como su sombra el resto de su vida, impresa como un desolador mantra en los labios regordezuelos de su hijo.

Relato: ABUELA ROSA

Autora: NAYARA ACOSTA PULIDO

Arte hecho mujer a sus casi 80 años. De pequeña la llamaron Rosa por su semejanza con la flor y con ese nombre se quedó. Nacida en la isla de La Gomera pero enamorada de Candelaria. Parece que su destino le tatuase este municipio en el alma, ya que en cuánto pudo, decidió vivir cerca de la morenita. La patrona de Canarias ha sido su guía (como la de muchos) pero de ella especialmente. Su rincón de veneración de santos es símbolo de todas y cada una de las casas de su vida, junto a ellos: llantos por los que ya no están, pero sobre todo ilusión porque los deseos que les pide, se cumplan.

Ella es generosa y orgullosa. Cuando desde el balcón su mirada se posa sobre la basílica es como si sus penas fueran pasajeras. El sonido y olor a mar son los que la mantienen viva, sus paseos por la avenida, el sol y el viento casi todos los días del año. La fortaleza canaria hecha persona, ese gofio en las venas que le hace andar con ganas cada día, querer a la familia, hablar con todos los vecinos y reír por la mayor bobería.

Cultivada en el campo, aunque su pasión y profesión fue la cocina. Ella ha trabajado por todos. Ella ha luchado por los suyos con la misma perseverancia con la que cree en los milagros. Junto a su marido, marinero que era el faro de nuestras vidas y ahora es nuestro ángel de la guarda, vivió tiempos bonitos y difíciles. Siempre recuerda como entre sus muchos pretendientes, el elegido fue él. Juntos criaron cinco hijos lo mejor que pudieron. Juntos están y estarán, pase lo que pase. Eso es lo especial de las relaciones de nuestros mayores, es un amor incondicional y puro, lejos de serlo en las generaciones actuales.

La misa de los domingos es tan sagrada para ella como los rezos diarios, el numerito de ciegos semanal de camino a la iglesia, los besos en las estampitas y los rosarios, las compras en la ventita y el mercadillo, agua

y jabón como ritual de belleza, la sencillez, el misticismo, las creencias, mirar a las estrellas y la luna imaginando el más allá.

Las abuelas son más mágicas que las noches del catorce de agosto antes de que viniera una pandemia mundial. Mi abuela es el coraje de seguir, aunque haya vivido situaciones que podrían no tenerla aquí. Ojalá todos los nietos y nietas del mundo valoren el poder de tener y disfrutar una abuela como la mía. Aún no son eternas, ojalá. Dios quiera que nuestros momentos juntas durasen en la memoria toda la vida.

Relato: REGLA DE SIGNOS

Autora: PATRICIA JUZGADO BARQUERO

Había sido buena estudiante, constante y trabajadora, desde que tenía uso de razón.

Responsable, empática, defensora férrea ante las injusticias. En resumen, nunca defraudaba y siempre hacía lo que se esperaba de ella y lo que, supuestamente, era lo correcto. Ya desde bien pequeña, llegaba toda emocionada a casa: ¡mamá, papá! Me han puesto un positivo en lengua. Se preocupaba demasiado por los demás y por todo lo que sucedía a su alrededor. Como alguien la llamara o le mandara un mensaje: tengo que hablar contigo, pero mejor te lo digo cuando nos veamos, ella automáticamente respondía: ¿pero es algo malo? ¿ha pasado algo? ¿Por qué tiene que ser malo? – le respondían No todo va a ser malo. Deberías pensar más en positivo.

Pero todos aquellos que verdaderamente la conocían le decían: tengo que hablar contigo, pero tranquila, que no es nada malo, que te conozco. Bueno la realidad era que todos no, solo su mejor amiga, pero a ella le hubiera gustado que hubieran sido todos.

Como aquella vez que no le venía la regla. ¿No estarás embarazada? Ella, que nunca había querido ser mamá, sabía desde hacía más de dos semanas el resultado de aquel test: positivo. Ahí fue la primera vez que entendió que, porque algo dé positivo, no tiene por qué ser bueno. Fue un positivo que encajó como negativo. Ella no quería ser mamá.

Hasta que no notó algo moverse en su interior, no llegó a comprender lo equivocada que estaba y lo tarde que iba. Tenía 36 años. Unos meses después recordó las palabras que su madre tanto le había repetido: *“cuando tengas un hijo, comprenderás por qué sufro yo tanto con cada cosa que te pasa, porque yo a ti te di la vida, y no va a venir nadie a quitártela”*. Hasta que casi, casi ocurre.

Venga vamos a vernos y tomamos café y nos ponemos al día. Decía aquel mensaje.

Ella, que no sabía decir que no, se cuestionaba si las noticias solo las veía ella, o si la realidad no era la misma para todos. Había que cuidarse y ser responsables ante aquello, y ella lo era, lo estaba siendo. Y lo sería. Hasta que le tocaron el timbre y allí estaba, a pesar de que ella, contestó a ese mensaje diciendo: No. Cinco días después recibió la noticia por teléfono: ha dado positivo para Covid 19. Y en ese momento, supo, que de todos los positivos de su vida, aquél iba a ser, de lejos, el peor de todos.

Pero hoy, ha recibido el que será, seguro, el negativo más positivo de toda su vida.

Mañana, cuando sienta el sol en la cara, después de tantos días, será una persona diferente. Tiene a alguien menos en su vida, ya que siempre defendió que las injusticias deben pagarse. Pero sacó algo positivo: las palabras que le decía su madre, porque no temía por ella misma, sino por él, dos años, y su primer positivo, que no se parecía en nada al que recibió su mamá en lengua.

Relato: DESAPEGO

Autora: PATRICIA JUZGADO BARQUERO

Sacó las llaves del coche mientras se dirigía hacia él. Con esos mega bolsos que usaba siempre, no era capaz de encontrar las cosas. Y eso que su historia con los bolsos era siempre la misma. Cada vez que compraba uno, se decía que sería el definitivo: este sí, bolsillo aquí, allá, me cabe la agenda... A saber a qué agenda se refería, porque este año iba por la sexta: primero compró la Moleskine. Cuando entró al ERTE, dejó mucho espacio que no conseguía rellenar ni con frases de autoayuda, ni con nada. Era a día vista. Demasiado espacio para rellenar. Así que se compró la nueva. Solo llegó a poner los datos personales porque cuando iba caminando, una Oxford A6 le sonrió desde el escaparate. Ese tamaño nunca le había llamado la atención. Poco espacio. Pero la compró. A los dos días pensó que pesaba demasiado y decidió introducirse en el mundo del *bullet journal*. Fue a comprar el cuaderno. Pero cuando llevaba unas páginas ya elaboradas, pensó que se había equivocado. Demasiado ancho. Así que buscó uno tamaño Moleskine. No decía A5, decía tamaño Moleskine. Acudió a una tienda, pero una agenda rosa tamaño Moleskine llamó su atención. Olvidó el mundo del *lettering*, hasta el día siguiente cuando comprobó que la agenda no se mantenía abierta. Sacó el resto de agendas a ver si alguna le llenaba ese vacío, hasta que recordó que lo que le gustaba era el *bullet journal* Otra vez. Compró el cuaderno por internet, evitando tentaciones. Esos días de espera, pensó que le servirían para valorar el dinero y tiempo que había empleado. Pero no. Y ahí está ahora, avanzando por el mes de marzo con su cuaderno esperando que le llegue la agenda Charuca, que esa sí que la llevaba queriendo tiempo. Es de anillas para que quite y ponga, con hojas en blanco, de relleno. De relleno...estaba hablando de sus bolsos... Hace unos días le llegó una mochila. Y esta dice que será la definitiva. Es mochila y bolso ¡qué más puede pedir! Si le preguntara el apego que siente, seguro que le

daría vergüenza. Porque desde que la conozco, ha hecho siempre lo mismo. Las agendas vacías y nuevas las tira. Le da miedo regalarlas. Qué vergüenza. Los bolsos es otra historia. ¡Qué sabe nadie si se usaron una vez! A ella le sirve que al menos, en una ocasión se lo vieron. Y se relaja. Ella, que siempre antes de comer piensa en el hambre y las miserias del mundo, que llora con cada caso de maltrato animal, que se siente responsable de todo lo malo, no es capaz de controlar sus impulsos. Y cuando piensa qué le falta, qué necesita para ser feliz, qué huecos de su vida tiene que rellenar, no lo sabe.

Hoy me la crucé. Llevaba su mochila, la definitiva, e iba con una pelota antiestrés en la mano derecha (no quedaban anillos) y me hice esta pregunta: ¿será que por fin la estarán ayudando a saberlo?

Relato: CALLEJÓN QUERENCIA

Autor: FRANCISCO JAVIER GARCÍA MORALES

Supe que no fue una buena idea tomarme ese último whisky doble cuando, tras tres intentos fallidos, pude sacar el teléfono del bolsillo. Su pantalla me destelló: «Uno por ciento de batería. El dispositivo se apagará en 30 segundos». Ojos en blanco y suspiro. Con el antebrazo derecho me apoyo en la pared del edificio, y levanto levemente la cabeza. Lo máximo para no caerme hacia atrás, pero no lo suficiente como para alcanzar a ver las innumerables azoteas de una ciudad que se encuentra dormida. «Callejón Querencia» leo, a duras penas, en una placa azul clavada en el edificio colindante. De repente me vibra la mano izquierda. El teléfono se ha quedado sin batería y tan solo pienso en aquellas viejas cabinas de colores azules y verdes que habían sido retiradas hace algunos lustros. Deambular por la calle no era mi mejor plan así que me acerco como puedo hasta la entrada del callejón. Cuando miro hacia adentro me percató de lo estrecho y oscuro de este. Ese muro, a unos veinte o treinta pasos de persona sobria, lo convertía en una vía sin salida. Un viejo contenedor de basura y la intermitencia de esa farola eran decoración suficiente para lo que sería mi habitación para esta noche. La borrosa flecha amarilla del suelo, orientada en la misma dirección que mi mirada, me hace comprender que en algún momento este callejón fue una calle, pero la construcción de ambos edificios laterales anuló su utilidad.

Una ráfaga de viento me empuja cinco pasos hacia adentro. Con los brazos abiertos para mantener el equilibrio miro al suelo. Hay una foto de un niño disfrazado de astronauta. Su rostro se me muestra borroso. Camino recto, en la misma postura, pisando todo lo que se me pone por delante: Un diploma de un concurso de cálculo, un acta de notas sobresalientes, un certificado de defunción de un hombre por accidente de trabajo, una notificación de pérdida de evaluación docente, una carta

de expulsión del centro universitario, un contrato temporal de camarero en un antro de la ciudad, así como una denuncia por alteración del orden público entre otros documentos y objetos.

Me apoyo en el contenedor. A veces con luz. A veces a oscuras. La tapa se levanta, pero tan solo puedo fijarme en como sus ojos de niñez llorada se clavan sobre mis ojos de inocencia ya perdida. Eran como los ojos de papá. Y antes de poder pronunciar una palabra, su mano adolescente me entrega una postal: «Si quieres las estrellas vuelco el cielo» dice en su reverso, como en aquella vieja canción que me ponía mamá durante la infancia. Le doy la vuelta a la postal y contemplo la imagen: Es una foto de papá sonriendo mientras construye un cohete a partir de unos cartones usados.

Ya vuelvo a casa, mamá.

Relato: PARAGUAS DE PAPEL

Autor: FRANCISCO JAVIER GARCÍA MORALES

Contra todo pronóstico, era él quien me hacía esperar en el vestíbulo a que terminara de arreglarse para poder salir. «Terminar de arreglarse», como si viniéramos usados. Como si estuviéramos rotos. Hoy tocaba reflexionar sobre esto. Ayer, sobre ese paragüero, el cual sigo mirando con cierto desdén por lo poco práctico que resulta tener un paragüero en un lugar donde apenas llueve. Pero allí estaba, junto a esa pequeña mesita de madera con dos cajones. A día de hoy sigo sin conocer qué hay dentro de ellos. ¿Quizás un pegamento? ¿Quizás unas tijeras? ¿Una linterna tal vez? Llego a la conclusión de que estos muebles sirven más para sostener que para contener. Sostener las llaves de casa, las llaves del coche, las llaves del buzón... Sostener incluso ese pequeño jarrón de cuello angosto hecho de cerámica blanca con estampado de girasoles. Intento encontrarle sentido alguno a este bodegón de lo absurdo. ¿Qué sentido tiene encontrar una *saintpaulia*, la cual necesita de luz indirecta para su cuidado, dentro de un jarrón estampado con girasoles, los cuales necesitan luz directa para su desarrollo, encima de una mesa de madera, la cual fue en su momento un roble o un pino de hojas perennes? Es probable que esta sea mi reflexión para mañana. «Sobre la ética de los vestíbulos». Como título, los he visto peores, y mi conformidad sobre ello es un hecho que se constata en mi rostro reflejado en ese espejo veneciano, cuyas molduras, pintadas de negro antracita a golpe de brocha redonda, revelan que en algún momento fue sepia o siena, mismo tono de la pared que lo sostiene. ¿Vemos lo que queremos ver, o tan solo vemos lo que quieren que veamos?

Lo primero es una certeza, puesto que esta vez no he detenido mi vista sobre ese marco negro ébano de 10x15, situado a la derecha del jarrón, con la foto del viaje a París. Ambos sonrientes. Parecían felices. Aún no nos conocíamos cuando ello ocurrió.

Lo segundo, una realidad. Ha terminado de arreglarse y ahora se acerca con prisas al vestíbulo, exasperado por la falta de tiempo o por la pérdida de este entre otros quehaceres. A pesar de encontrarme aquí, parece que no me ha visto. Se detiene entre el espejo y yo. Se arregla el flequillo, toma las llaves de casa y las del coche, dejando las del buzón sobre la mesa. Se toca los bolsillos y confirma que lleva su teléfono móvil. Desde aquí confirmo que lleva su cartera en el bolsillo trasero derecho del vaquero. Él lo confirma con su mano derecha.

Finalmente se da la vuelta y me mira. Por fin existo en su vida. Me roza con sus dedos cariñosamente. Me atrae hasta sus labios y mientras nos fundimos en un beso eterno, enredo mis manos entre sus pequeñas orejas. Respiramos juntos. Ya somos uno y estamos listos para volver a salir. Es la «nueva normalidad».

Relato: COLGADA

Autor: DANIEL HERZOG CRUZ

Debía aprovechar el momento en el que no se encontraban su familia en casa. Sacó del garaje las herramientas necesarias y las arrastró hasta el patio: una cuerda áspera, de amarre, cerca de dos metros de longitud, y suficientemente gruesa como para aguantar de sobra su peso; unas tijeras suficientemente afiladas y unas bridas metálicas, que apoyó sobre una mesilla de exterior; y un largo listón de madera de nogal, robusto y firme, que dejó reposar sobre la pared. Cogió la soga e hizo un firme y preciso nudo de boza en el poste de la pérgola, dejando un cabo colgando a medio metro del suelo. Teniendo casi todo dispuesto, fue directo al garaje a por ella: su pequeño secreto. Allí estaba, tras una estantería, en el lugar más recóndito y lúgubre que pudo encontrar para ocultarla. Habría sido su perdición si sus convivientes se hubiesen enterado de que la tenía ahí guardada. Opuso bastante resistencia a salir de su escondrijo, pero a base de fuertes jalones, terminó siendo doblegada hasta el patio. Yacía, en el suelo, inmóvil, humillada, condenada al abuso. La sujetó con bridas, la levantó en peso, y colgó a su víctima del poste realizando un delicado y preciso nudo entre las amarraderas de plástico. Observando con orgullo la preparación de su macabro rito, agarró con ambas manos la vara de madera e hizo algunos swings de calentamiento. Sentía la imperiosa necesidad de sacudirla con todas sus fuerzas y hacer volar sus restos por todo el suelo. Pero no debía. Aunque lo anhelaba, el placer no era para él. Ya tenía todo preparado para la llegada de su homenajeado. Cuando éste llegó, le hinchó de orgullo ver la cara de conmoción e ilusión que la sorpresa había producido en su propio hijo. Alzó el bastón, y, con todas sus fuerzas, asestó el primer y único golpe. Multitud de caramelos salieron despedidos en todas direcciones.

Relato: AMO A LA VIDA

Autora: MARÍA CANDELARIA HERNÁNDEZ DÍAZ

Aunque amo a la vida no temo a la muerte. Temo al dolor, al dolor físico y al del alma, a no tener fuerzas para seguir el camino cuando la ruta se complique, a no saber afrontar la traición, el rencor y el engaño.

Amo a la vida y le agradezco tanto. Tanto amor recibido y tanto entregado, aprender de cada caída cómo levantarme.

Agradezco que los años me hayan enseñado lo que es verdaderamente importante, el amor de la familia, del ser amado, de las amistades y tanta gente amable.

Agradezco a mis padres me criaran con valores y principios, para hacer de mi filosofía de vida "prefiero pensar bien y equivocarme antes que pensar mal y equivocarme", a sentirme agradecida y afortunada. Agradecida por tantas alegrías y, como no, también por las tristezas, pues sólo quien ha sufrido puede valorar el candor de los buenos momentos. Afortunada por tanta dicha que he podido disfrutar: el bello canto de un pájaro, el aire fresco de la brisa en mi cara, el amor en todas sus formas....

Por todo esto y más, amo la vida, pero no temo a la muerte.

Índice **CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2021**

Contando	39
Sinceridad	42
Mi prima Leoncia	43
Arañas	45
Aunque nunca responda nadie al otro lado	47
El arquitecto	48
El cianómetro	50
Estela y Leticia	52
Justicia social	54
La amanecida	56
La pequeña Dácil	58
Le llaman Gárgola	61
Mi abuela y el mar	63
Obsesión	64
Sesión continua	66
Vida de perros	67

- Dentro de dos horas, sobre las 9 de la noche, cenan, y aquellos que lo necesiten pueden contar con nuestra ayuda para acostarse, terminando con ello nuestra jornada – dijo la gerocultora con cierto atisbo de agotamiento tanto en sus palabras, como en su expresión, y hasta en sus andares, mientras nos dirigiámos hacia la recepción. Mi nuevo lugar de trabajo.

Desde que recibí esa llamada de teléfono llevaba algunos días durmiendo sin descansar. Los nervios, la primera impresión y la auto-exigencia de dar lo mejor de mí inclinaban la balanza hacia un lado, dejando suspenso, en el otro, los anteriores meses de búsqueda de empleo, de currículums impresos, de bolsas de trabajo y de entrevistas con *«te falta experiencia»* o *«¿qué hace un licenciado en economía optando a este puesto de trabajo?»*. Supongo que *«necesidad de comer»* es la respuesta correcta ante cualquier pregunta planteada durante esas entrevistas.

Al pasar por delante de la habitación más cercana a la recepción pude percibir una mirada que, desde dentro, se centró sobre nosotros. Una mirada que parecía tanto de asombro como de nostalgia, según el lugar en que se posicionara sus blancas cejas. Intentaba balbucear algo, momento en que pude apreciar, en su rostro, un intento por conocerme o recordarme.

- Esa expresión la verás a diario – dijo, intuyendo lo que estaría pensando – Entre el deterioro de la memoria, fruto de la edad, y las escasas visitas que reciben de sus familiares, tan distanciadas en el tiempo, suelen confundirnos con sus esposas, hermanos o hijos.

Con cierta tristeza por la situación de los mayores y con cierta apatía por los años de experiencia y experiencias, me comentó que muchos de ellos apenas recibían visitas. Otros, escasas llamadas que, en ocasiones, parecía que solo buscaban certificar que su familiar seguía en este mundo. Sin detener su desahogo, sacó un viejo cuaderno de debajo del mostrador.

- Aquí tienes todos los datos, números de contacto, y pagos de cada residente – se adelantó antes de que pudiera preguntarle – Mañana comienza un nuevo mes, así que podrías comenzar por estas pequeñas tareas. Soy consciente de que tu formación es de economista, pero supongo que podrás desempeñar bien estas labores. Si necesitas algo más, no dudes en avisarme – concluyó de forma abrupta, supongo que por la impotencia que le generaba la situación comentada y vivida diariamente, momento en el cual me dejaba solo en mi nuevo puesto.

Pasando página por página de ese viejo cuaderno y ojeando los datos de estas, ya había olvidado que ese era mi primer día de trabajo. Tan solo pensaba en la impotencia de mi ahora compañera y en aquella mirada. Aquella mirada nostálgica que quizás, un día cuando llegara, ya se habría apagado. Y aun siendo consciente de que necesitaba el trabajo y de la «*necesidad de comer*», creo que, si estaba en ese preciso momento y en ese preciso lugar, era para hacer algo que realmente contara.

- Sí. Le llamo de la residencia de ancianos. Siento informarle que, a partir de ahora, los pagos deberán hacerse al contado en nuestras instalaciones. Disculpe las molestias – y posteriormente colgaba la llamada, sin permitir replica alguna de cada uno de los familiares que contestaban al número recogido en las páginas de ese viejo cuaderno.

Era consciente de que probablemente esa sería mi primera y última jornada en ese trabajo. Durante esa semana, cuando vinieran los familiares a pagar al contado, sacando algo de tiempo de sus apretadas agendas, quizás alguno de ellos aprovecharía para visitarles. Con que

tan solo uno de ellos consiga recordar, habrá contado. Una breve llamada, una breve visita, una breve mirada, por un momento de eternidad. No me considero especial. Cualquiera lo hubiera firmado.

- Te quiero. - Candela se expresó así, justo después de que sus cuerpos sudorosos se separaran ligeramente.

A Peter le sorprendió sobremanera su confesión, al fin y al cabo, tan solo llevaban poco más de dos meses intimando físicamente, por más que se hubieran conocido, a través de la red tres meses antes.

- Me gustas mucho. - dijo él, consciente de que seguramente no eran esas las palabras que ella deseaba escuchar.

Candela, lejos de sentirse decepcionada, entendió entonces que no se había equivocado, que hacía bien en abrir nuevamente su corazón al amor, por más que ya se lo hubieran roto en varias ocasiones.

Su experiencia le decía que lo fácil hubiera sido que le contestara con un:

- Pero yo más, preciosa.

- Y yo a ti, mi reina.

Por ello, agradeció su sinceridad, cualidad que había ido valorando cada vez más con el paso del tiempo. Pensó que, si seguían viéndose y llegaba a conocerla, él también la amaría algún día. Al fin y al cabo, creía firmemente en lo que ella misma repetía *“me quiero, con mis muchas virtudes y mis pocos defectos”*.

Relato: MI PRIMA LEONCIA

Autora: SARA DÍAZ TAVÍO

*Virgen de Candelaria,
la más bonita, la más morena,
la que tiende su manto desde la cumbre
hasta la arena...*

Todos los años llegaba la prima Leoncia por las fechas de las fiestas, fatigada y sudorosa, envuelta en su capa azul marino, la cesta de caña a la cabeza, el hatillo en la mano, y el cuerpo cargado de fiesta.

En el pueblo, la prima Leonor la esperaba con la puerta abierta, contenta y excitada por la visita de ésta. A cuantas misas irán juntas, y rezarán rosarios a tutiplén. Pasarán por las tómbolas para ver si se sacaban el deseado porrón y así poder beber agua fresquita. Acompañarán a la virgen vela en mano, devotas y abnegadas...

— Madre, ¡que la guagua se atrasa!

— ¡Entra ya mujer! Y ponte con el pescado salado — le decía su madre desesperada por las idas y venidas.

— Madre, mejor espero un rato, no vaya a ser que se enfríe y se lo tenga que dar al gato.

Pronto apareció la prima Leoncia, al comienzo de la calle, su figura recortada contra las fachadas encaladas.

— ¡Ay, madre! que ya llega — gritaba Leonor con voz de pito.

Esa tarde no pararon, cuantas cosas se contaron, y extenuadas se acostaron. Ya mañana será otro día.

Bien temprano se levantaron diestras y apresuradas desayunaron y al campo se encaminaron. La tía Clotilde poseía una finca donde plantaba, tenía gallinas, un burro para las labores, y dos cabras que daban leche y estiércol para la cosecha.

— ¡Prima! ¡Qué bonitas están las huertas!

Las higueras llenas de higos, de las parras colgaban los racimos, las papas en flor, los tomates en las burras, el millo florecido, las calabazas, los bubangos, los claveles y los rosales para enramar al tío fallecido.

— Tú vete al gallinero a coger unos huevos, que yo voy a la higuera a coger unas brevas — le ordenó Leonor a su prima Leoncia.

Presta, Leoncia caminó rumbo a las gallinas y al doblar la esquina del cuarto de aperos, detrás de la choza cubierta de cañas, donde estaban las cabras, apareció de pronto ante sus ojos, como si de un espejismo se tratara, un hombre sin camisa, sudoroso, fornido y musculado. El pobre corazón de la prima Leoncia emprendió un galope que la dejó sin aliento. Mientras ella clavaba la mirada en aquellos brazos que rastrillaban el estiércol de las cabras. El calor de la tierra subió por sus piernas y se metió en sus entrañas, su boca se secó y su respiración se entrecortó. Sin pensar salió disparada a la pila del agua cogió el cubo de hierro, lo llenó, y se lo echó por la cabeza, quedando empapada.

¡Ay, Virgen de Candelaria! ¡Cuántos rosarios tendría que rezar esa tarde!

Relato: ARAÑAS

Autor: JUAN LORENZO COLLADO GÓMEZ

La araña teje el hilo y comienza a caer desde el techo.

La oscuridad inunda la habitación y apenas el brillo del hilo viscoso se adivina. A pesar de sus ocho ojos es el olfato el que la guía hacia su presa sobre cuya piel se posa con rapidez.

No da lugar a su presa a que se despierte. Clava el aguijón para narcotizarla con el veneno y comienza a tejer la tela alrededor del cuerpo con una velocidad asombrosa.

Primero cubre los ojos y sella la boca y sube con rapidez a la cabeza. Al llegar a la sien derecha clava nuevamente el aguijón y la respiración de la víctima se ralentiza.

Necesita que la carne capturada esté viva el máximo tiempo posible, que guarde su frescor y va enredando con su hilo cada miembro, cada porción de piel.

Sabe que el hombre se ha despertado e intenta abrir los ojos, pero la ponzoña le impide moverse mientras la araña, negra como la luz del interior de la habitación, va envolviéndolo de forma inexorable.

Ya ha terminado con todo el cuerpo y vuelve a la cara donde siente la respiración del hombre que está aterrorizado intentando mover unos músculos que no responden y solo advierte la carrera vertiginosa del animal que va de un lado a otro de su cara.

Quiere gritar, pedir socorro, abrir los ojos e intentar conocer a qué se enfrenta y entonces, cuando pasa sobre sus labios cree adivinar que es una araña, uno de esos animales por los que siente pánico desde niño, pero no puede hacer nada para escapar.

La araña sigue con su trabajo y va cerrando el capullo hasta que prácticamente ha terminado y entonces, ante el terror de la víctima, entra por uno de los agujeros de la nariz y cierra por completo el capullo.

Ágilmente llega hasta la boca donde pone los huevos y entonces descansa sabiendo que sus crías tendrán alimento hasta que puedan salir de caza.

Relato: AUNQUE NUNCA RESPONDA NADIE AL OTRO LADO

Autor: MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ GONZÁLEZ

Un tipo se ha encaramado a lo alto de una azotea, ataviado únicamente con un abrigo de astracán sobre su cuerpo desnudo y una escopeta de caza en las manos, y ha abierto fuego contra los transeúntes que caminaban por la calle.

Asegura que no ha sentido nada especial al hacerlo, que para él era como si estuviera delante de uno de esos videojuegos que hay en las salas recreativas; como si cada una de las personas que se desplomaban contra el asfalto tras recibir el impacto del plomo en su cuerpo no tuvieran pasado, como si fueran seres virtuales carentes de sentimientos, o actores, en medio de una representación teatral, que pudieran levantarse en cualquier momento para ir a hacer la compra o para llevar a sus hijos a la escuela.

Ahora está en la cárcel, vestido y desarmado, supongo que así debe parecer un ser humano tan inofensivo como cualquiera de nosotros.

No sé por qué te estoy contando esto.

Quizá sea porque no tengo nada mejor de lo que hablar, o tal vez sea porque cualquier pretexto me parece apropiado para llamarte, aunque nunca responda nadie al otro lado de la línea.

He contado los peldaños que separan mi casa de la azotea.

Cincuenta y siete.

Llámame si escuchas este mensaje.

Relato: EL ARQUITECTO

Autor: JOSÉ LUIS OLIVA TORRES

Juan Perdomo del Rosario, apodado el cojo, cabrero y arquitecto por impulso filogenético, hubiera podido elegir las luces de vapor de mercurio del polígono industrial, los neones de las calles adoquinadas cerca de la catedral, las luces led de las pantallas multimedia pero decidió amontonar piedras en las laderas, dibujando bancales imposibles en la sonrisa de la montaña.

Trenzó con cuidado espirales de mimbre, moldeando el espacio vacío de cestos y canastas para recoger con mimo dulces frutos, maceró hierbas y flores en frascos ajados por el sol.

Él se valía de su vara de acebuche para cruzar entre las vertientes y acompañar a sus cabras en busca de alimento, a un ritmo entrecortado, entre el balar de las jairas y el tintineo de los cencerros.

En el impulso de saciar el hambre y en su profundo sentido de la estética, creó bosques retorcidos, que trepaban por los cantiles, al borde de los prismas de basalto, que daban estructura al herido barranco.

En un tropiezo, al confundir la luz arrojada y la luz desprendida de los matos de los riscos, en un mal apoyo de vara y pie, cuando caía la tarde en verde viridián, le afloró por un instante el miedo, creyó en Dios a ratos y no quiso mirar la hondura diabólica del eco. En una especie de estado alterado de consciencia fue cuervo negro, que esparce con pausa las semillas de las sabinas. Se sintió feliz, sintiendo ser, sintiendo estar, unido al almagre de las antiguas tierras fértiles, que ahora decoran las vasijas que retienen el agua. Escuchó el susurro de la ladera y retomó el vuelo hasta el próximo cedro, sabiéndose sabedor de que la escucha atenta de la brisa le permitía volar y trascender el significado de los altos cúmulos.

— Hombre, esta vez casi no la cuentas, ya van tres veces que te despeñas por esos barrancos (le decía el médico de la casa de socorro mientras Juan yacía con cientos de magulladuras repartidas por su cuerpo), da gracias al árbol que te sostuvo en la caída y a tu perro que buscó ayuda.

— Sabe usted muy bien, doctor, que en mi pueblo somos de despeñarnos por tradición sociocultural, nos gusta caminar al filo de la vereda y estamos en paz sabiendo que las cabras danzan tranquilas a las sombras de las higueras negras y fecundas.

Relato: EL CIANÓMETRO

Autora: MARÍA LORETO PERERA GARCÍA

Semiacostada, sobre mi nuevo sofá, los huesos saben que se acerca el otoño. La lumbalgia me está destrozando y temo que la depresión regrese para quedarse en estos tiempos de lluvia.

Los domingos siempre me confunden. Hasta el aire huele diferente y las voces de la calle se oyen vagas y dolientes. Me dirijo a mi habitación. Cojo la nueva libreta que me ha regalado un amigo y con mi corriente Bic, que nunca me decepciona, comienzo a escribir un relato. María Callas suena en la casa del vecino de al lado y mi hija regresa del paseo canino. Mientras tanto, absorta, intento vomitar un dolor que no me fue diagnosticado en el informe médico. No han diseñado aún el aparato capaz de detectarlo. Sin expectativas, continúo dándole al bolígrafo e intento buscar algunas referencias filosóficas o palabras cultas, que no uso, para darle mayor nivel a mi texto, pero pienso en los relatos de Gabo llenos de exquisitos manjares que puedo leer sin necesidad de diccionario y me rindo, ¡qué fácil parece ser un genio! Cierro la libreta y termina así mi intento de novelista.

Cojo las llaves de la azotea y subo los dos tramos de escaleras que me separan de la puerta. Me tiemblan los veintisiete huesos de la mano derecha heridos ya de artrosis. Abro, entro y un golpe de olores mezclados me perfora las fosas nasales. Miro hacia el cielo y comienzo a girar como un derviche. Quiero encontrar el azul con el que sueño: añil, índigo, zafiro, celeste, marino, turquí, cobalto, cerúleo, ópalo o lapislázuli; demasiados matices para distinguirlo. Un poco mareada me acerco al muro de la azotea, me encaramo y abriendo los brazos contemplo el Atlántico despeinado por un viento impertinente.

Hoy es domingo, otro triste domingo, y no hay azul para mí así que regreso al salón y decido pintarme las uñas de los pies de color cian, sin duda el más adecuado para esta tarde sin hallazgos.

Relato: ESTELA Y LETICIA

Autor: JOSÉ LUIS OLIVA TORRES

Estela, abrazabas los árboles, caminabas descalza y desnuda por el bosque, acariciabas los líquenes con las yemas de tus dedos, mirabas el dosel buscando la luz de la tarde, momento que aproveché para trepar a tus pies y esperar a que cogieras el coche para volver a casa.

En casa te preparabas para un baño caliente y reparador, que despojara de tu cuerpo el olor a tierra mojada. Yo tenía miedo, así que salté a tus sábanas y esperé tranquila tu regreso.

El colchón se hundió en el perfil de las cobijas blancas y aproveché para escalar tus uñas, mordí sin que te dieras cuenta trocitos de tu piel y devoré parte de tu ADN para sentirme parte de ti.

Decidí emprender un viaje, tomé velocidad como posesa por el motociclismo y no paré hasta llegar a tus rodillas. Allí las volteé y sentí de nuevo calor en la curvatura interior que une el muslo con la pierna, hundiéndome en la fosa poplítea. Pero no podía parar, iría siempre hacia delante, encontré un pequeño bosque de brezos escoceses y me quedé un rato entretenida en la espesura de la extraña maleza.

En un momento de sosiego percibí como tus dedos se acercaban a la espesura concreta y finita deslizándose suavemente hacia abajo, intentando atrapar algún néctar y después elevarse hacia tus labios, que en ese instante dibujaban un leve mordisco. Me asusté por perder la vida, así que regresé, hasta donde la piel se pliega y repliega formando texturas imposibles, avancé de nuevo llegando a un valle ondulado y me precipité en un suave cráter.

Mi rumbo era tu área cingulada anterior, quería penetrar por tu pabellón auditivo hasta tu amígdala, para llevarte al éxtasis, pero lamentablemente he muerto en tu ombligo. Tú, tan vivaracha, querías

jugar con una leve pelusa, y era yo, la más dulce de las hormigas del bosque, tu amante Leticia.

Leticia, siempre fui consciente de tu presencia, de cómo deambulabas por las cortezas de los árboles queriendo ser mariposa monarca. Te sentí cuando te acurrucaste en mis pliegues sensibles y cuidé de ti, para que el roce de mis sandalias no te hiriera y pudieras circular por mi cuerpo, trazando infinitos arabescos de placer. Esperé esperanzada, manteniendo la respiración, en un jadeo trémulo y cansado. No tuve paciencia para que llegaras a mi amígdala, ni siquiera al núcleo accumbens. No podía esperar a que mi tálamo derramara oxitocina sobre el torrente sanguíneo. Fue el impulso de mis suprarrenales el que movió mis manos y en ese impulso atávico de placer, quedaste aplastada en mis huellas dactilares, pudiendo saborear en mis labios tu dulce sabor a ácido fórmico. Te devoré haciéndote mía, te amé Leticia, lo siento amada mía, me pudo el amor y el miedo.

Relato: JUSTICIA SOCIAL

Autor: JUAN JOSÉ GONZÁLEZ CEJAS

El alba sorprendió a doña Concepción Marrero trabajando ensimismada, perdida en el fondo doloroso de sus recuerdos que eran un puro barranco de añoranzas, mientras revolvía la enorme olla de hierro, burbujeante de grasa, y se secaba el sudor de la frente con gesto cansado, pero satisfecho. La frescura y soledad de la noche, solo interrumpida por el tañido de las campanas dando las horas, acompañaron su ajetreo al destazar el cuerpo. Cuando hundió el cuchillo en su abdomen atravesando la piel blanda, mullida, supo que no probarían torreznos mejores.

Limpió los restos de sangre de la carretilla, cargó en ella el termo con café, los bocadillos de carne fiesta y sus chicharrones; se atusó el cabello gris con los dedos deformados por la artritis y se sacudió con una mueca de asco tres pelos cobrizos del luto de su falda. De entre sus pechos mustios recogió la medalla de la virgen de Candelaria, tibia, y la besó con fervor. A continuación, enfiló sus pasos hasta el callejón de los indigentes, que abandonaron raudos sus mantas y cartones para disfrutar del insospechado festín. A medio día acudieron puntuales a la cita, formando frente a su puerta, la casa más alejada del pueblo, una enorme fila de desheredados, escudilla en mano, dispuestos a probar el estofado prometido que, a fuerza de cocinarse a fuego lento, había desprendido completamente la carne de los huesos, convirtiendo el guiso aderezado con pimienta palmera, en un plato succulento del que dieron cuenta hasta ver el caldero vacío, para desaparecer tan rápido como habían llegado.

De pronto, la rabia acumulada por años se clavó en su espalda, y se frotó la lumbalgia que afloraba con la certeza de su absoluta inutilidad. Arrimó el cazo de rabo con la grasa ya fría y se acomodó en el banco, a la sombra de la higuera, a moldear una vela con inusitada violencia,

hundiendo en ella los nudillos con saña y el rostro contraído en una mueca feroz hasta ocultar el pabito en su interior, escuchando el gotear monótono e insistente del agua en la destiladera como el recuerdo de la obligación pendiente, y de la que acababa, por fin, de liberarse.

Se levantó ahogando un quejido, y caminó arrastrando sus pasos hasta la improvisada ermita oculta al fondo del patio; los helechos estaban crecidos, y dos anturios enmarcaban la foto de su hija. Haciendo acopio de fuerzas, e investida de la dignidad de las mujeres de su estirpe, se agachó, depositó la vela encendida frente a ella, y rompiendo el mutismo de la tarde susurró con una infinita y afilada tristeza.

— Descansa en paz, mi amor, que yo ya maté al cerdo.

Relato: LA AMANECIDA

Autora: GLORIA FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

El príncipe, tras depositar la urna cineraria, camina hacia un otero. Alejado de las plañideras del castro, cuece una bebida. Un mago le ayuda, mezclando seis hierbas que simulan el arcoíris: violeta, aciano, lechuga, cebada, salvia y uva. Invoca a la Gran Madre, a Dana.

El druida, vestido de un blanco absoluto, observa el devenir en las vísceras de un niño. Fue sacrificado el pequeño tras el último suspiro del viejo rey, por su mano fuerte y sin duda. Un cuchillo de bronce. Frente a ellos descansan un caldero y una rueda con guirnaldas, que circundan sus radios y eje. Después oye el sabio el mensaje de la diosa Luna, madre de la Celtiberia (así la llamará Plinio), en el crepitar del fuego.

— Ha vuelto a ti.

El muchacho entiende cómo su padre se ha reencarnado en él, quien ostenta ya los derechos del fallecido.

— Ahora ¿qué he de hacer? — pregunta, eufórico, ante el espectáculo de colores y formas que le regala la poción. Bellas mujeres danzando, en altiva desnudez, con saliva dulce como miel de abeja. Olor a carne y vino, a ciervo y a tierra tras la lluvia.

— Entrega este muérdago al escalón del túmulo. Nos anunciará si se aproxima algún dios.

Vuelven antes de la amanecida. La tumba monumental, que se había comenzado a construir tras la aceptación del rey, va prolongando una sombra como un dedo negro. Una gran torre, digna de él. Deja el joven la planta sacra en el basamento escalonado. Sobre él se yergue la figura de un toro.

El sacerdote formula al aire las eternas preguntas del destino. El silencio, con su prudencia, responde.

— Comenzad a preparar mi tumba — ordena el muchacho.

Entonces, y solo entonces, aparecen los hombres, mujeres y niños. Asustados, miran el suelo. Algo les ciega. Sale el dios Sol, porque se complace en este nuevo monarca. Y un grito poderoso, que hace vibrar las entrañas del orbe, se une a la música de las trompas.

Relato: LA PEQUEÑA DÁCIL

Autora: BEGOÑA RODRÍGUEZ BORGES

Dácil tiene nueve años y vive en el menceyato de Güímar, cerca de la playa de Chimisay.

Sus días están llenos de felicidad, a veces va con su padre, Ruymán, a las laderas de Araya para que pasten las cabras pero lo que más le gusta es ayudar a su abuela, Guacimara, en su trabajo de alfarera. Ambas están muy unidas, a la niña le encanta el oficio de su abuela y esta se siente orgullosa de ello.

- Abuela, hoy me quedo para ayudarte, ¿qué puedo hacer?

- Baja a la playa y trae unos callaos pequeños para alisar las vasijas. Al subir, recoge unos palitos que sean fuertes para poder hacer los adornos.

- Vale, voy a buscar a Idaira y Gara, enseguida te traemos lo que necesitas.

La niña salió corriendo, no encontró a sus amigas y se fue sola hacia el mar, dando pequeños saltos y cantando una canción que le había enseñado su madre. De repente, se paró para admirar el paisaje, pasó su mirada por el embravecido mar y se dio cuenta que frente a ella se encontraba un enorme barco. Miró entonces atentamente y divisó en la orilla una pequeña barca, a su lado se encontraban unos hombres extraños, no se parecían a los del poblado, eran más altos y sus ropas también eran distintas. Oyó unos gritos y se percató que eran de sus amigas que decían:

- Suelten estas cuerdas que nos atan, queremos ir con nuestra familia.

Dácil se asustó, salió corriendo en busca de su padre y lo encontró por el camino, ese día no había subido a la ladera, se quedó para pescar y descansar un poco.

- Padre, padre, en la playa hay unos hombres muy raros, poseen una barca y a lo lejos se ve un barco enorme. Tienen a mis amigas atadas en la orilla.

- ¡Tranquila! ¿Cómo son? ¿Cuántos hay?

- No se parecen a nosotros, son muy altos y da la impresión que vienen de lejos, se visten de otra manera y llevan algo colgado al hombro con lo que asustan a las niñas.

- Voy rápido a buscar ayuda para ir a rescatarlas, tu vete a casa y espera allí.

Se formó un gran grupo, algunos cogieron gruesos palos pero la mayoría no llevaban nada y partieron hacia donde les había indicado la niña. Acostumbrados a andar por esa zona, lograron llegar sin hacer ningún ruido y observaron lo que pasaba. En alta mar vieron un barco enorme, en él había un gran movimiento de hombres, en la orilla solo había cuatro al lado de una barca. En ese momento vieron dos sacos en el suelo, de ellos salían los gritos de las dos niñas que se revolían tratando de salir.

- Cómo no se callen y dejen de molestar les vamos a poner un trapo en la boca.

En ese momento los hombres del poblado, comenzaron a tirarles piedras de forma rápida y precisa, no les daban tiempo a defenderse. Cuando estaban cerca, los atacaron con los palos, esto provocó su huida rápida hacia la barca y salieron rumbo a la gran embarcación.

Dácil los había seguido y estaba escondida detrás de una gran piedra, al ver que los hombres se marchaban salió corriendo rumbo a la orilla,

quería ayudar a salir a sus amigas de aquellos sacos y ver como se encontraban.

- Idaira, Gara, ¿están bien? ¿Esos brutos les hicieron daño?. He pasado mucho miedo, pensé que nunca más volvería a verlas.

En ese momento se oyó la voz de Ruymán que les decía:

- La amistad entre ustedes las ha salvado, tener un amigo es tener un tesoro.

Relato: LE LLAMAN GÁRGOLA

Autor: JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

Allí arriba le podrá ver. Es fácil que hoy, que se espera tormenta, tenga la suerte de coincidir con él. Le recomiendo encarecidamente que asista. Es un espectáculo que no debería perderse, a menos que tenga asuntos más importantes que resolver. No se preocupe. Yo le indicaré. Usted solo tiene que prepararse, buscar un asiento libre frente a la iglesia y mirar hacia arriba. Le aconsejo que venga prevenido contra la lluvia: procúrese ropa de abrigo y un paraguas. No sé cuánto tiempo dura, pero le aseguro que no se arrepentirá.

Sí, acostumbra a hacerlo siempre que una tormenta destripa el cielo armando ese alboroto de truenos estruendosos, lluvia, rayos y relámpagos. Quiero decir que es una costumbre como cualquier otra. Se ha habituado a subirse al tejado de la iglesia cuando barrunta que van a caer las primeras gotas. Las huele, vaya que si huele las tormentas. Vive de ellas, qué quiere que le diga. Le basta con echar una ojeada al cielo y aplicar el olfato para saber si está de suerte y merendará o cenará rayos, dependiendo de la hora en que se produzca la explosión cósmica. Supongo que comerá otros alimentos, pero nadie le ha visto entrar en un restaurante. En una ocasión le invité a casa, a una cena con más amigos, pero no apareció. Ni siquiera nos mandó aviso de ausencia. No es que por esto le considere un ingrato, sino que defiende sus propias ideas en lo referente a la alimentación.

Es comprensible que no se lo pueda imaginar. Si le parece, le explico los pasos que escrupulosamente pone en práctica en cada tormenta. Se sube al tejado evitando la campana, se acomoda a cuatro patas sobre la cornisa, abre la boca y espera. El impacto no tarda mucho.

Los rayos conocen a la perfección el rumbo que deben tomar y al menos uno se cuela dócil en su brillante boca metalizada, llena de implantes de hermosos dientes plateados y muelas de oro con refuerzo de titanio.

No crea, no es un tragantón. Nunca en una misma tormenta se come más de dos. Asegura que le indigestan y el resto del resto de día transcurre pesadísimo, con un horrible ardor de estómago. En el pueblo le llaman Gárgola, pero a él le disgusta el motete, asegura que no hace honor a su verdadera relevancia.

Ni idea. En eso no le puedo ayudar. En mi vida he probado un rayo. Yo prefiero el gazpacho.

Relato: MI ABUELA Y EL MAR

Autora: NAYARA ACOSTA PULIDO

Tiznada de pasar toda la vida a la orillita del mar. Sonrisa cálida al verla pasar, bondad hecha persona, rezos, lucha, creencias, campo, estampitas de santos, fotos de hijas, hijos, nietas y nietos por todas las casas que ha habitado, magia gomera, amor marinero, vida candelariera. Nunca nadie entendió tanta pasión, ni la suya, ni la mía por ella y agua. Sus frases siempre son sabiduría; da igual de lo que hablemos, que sea de noche o de día, siempre dice algo que te deja reflexionando. Las sensaciones más increíbles del mundo, sólo comparables con el brillo del sol en las olas del mar con cada caminata mañanera, un bañito en día de calima, nadar creyéndote una sirena, el chapuzón diario y el de pasar tiempo lejos de tu playa favorita, pasear por la arena mojada, saborear una caña ensalitrada, clavarte los callaos para llegar al agua, el helado después de un día entero al sol, echarte crema cuando ya estás quemada, acabar de aftersun embadurnada e irte a cenar con visitas al mar o comer fruta viendo el sol caer, en un día despejado, con Las Palmas al infinito de nuestra mirada en el medio del océano Atlántico.

No recordaba cuando le comenzó aquella idea: Filmar un accidente aéreo, quizás desde su jubilación, y viudez inesperada se le acrecentó más, se mudó a un lugar cercano al aeropuerto y comenzó a visitar un bar cercano, desde la terraza filmaba múltiples despegues y aterrizajes al día, el móvil sobre la mesa con la cámara lista.

Se percataba de la parte oscura de su deseo, las víctimas que se producirían, tanto, que dejaba de ir al bar durante días, hasta que la obsesión lo superaba y regresaba pensando que él no provocaría el accidente, solo lo filmaría, incluso podría servir para aclararlo, como su alter ego, Zapruder, cuando el 22 de noviembre de 1963 filmó a Kennedy en Dallas y logró aquella película que lo inmortalizó, rompiendo la hipótesis del tirador solitario y abriendo la investigación de la conspiración. Grababa día tras día, la obsesión crecía. Su único hijo, conocedor y preocupado le reclamaba que fuese a visitarlo, por sus nietos.

Comenzando a oscurecer se percató del avión que llegaba, vio las llamas en los motores, hizo un giro y se precipitó sobre la pista, filmó hasta el hongo rojo de la explosión, ¡todo! Corrió al aeropuerto, gritos, sirenas, manifestó que tenía grabado el accidente, pasaron su video a un ordenador, preguntó el número del vuelo, lo apuntó y regresó a su casa, una llamada en el móvil interrumpió su alegría.

- ¿Sí? – contestó – pensó en las autoridades aeroportuarias.

- ¿Julián? – reconoció la voz de su nuera – Josué no ha llegado aún, fue a buscarte para que regreses con él el domingo.

- No, no ha llegado, ¿cuándo llega?

- Debió haber llegado ya, iba en el vuelo que arribaría ahí en la tarde.

- ¿Cuál vuelo? – preguntó.

Espantado escuchó el número igual al escrito en el papel que tenía delante.

Relato: SESIÓN CONTINUA

Autor: JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

Llovía con la persistencia de los mecanismos que no cesan de repetirse. Hay muy poco que hacer en la ciudad cuando el viento y el cielo se confabulan contra lo establecido. El neón del cine surgió así, de improviso, como un oasis de luz en el núcleo de una tempestad. La taquillera me invitó a que pasase, devolviéndome con sonrisas el billete que acababa de depositar sobre el mostrador. En su interior, solo quedaban un par de butacas vacías, así me lo hizo saber una linterna que me orientó en las penumbras del local. Me pareció advertir que decenas de cabezas se volvían hacia mí, comentando un no sé qué que fui incapaz de comprender. Solo entonces, cuando me acomodé definitivamente en mi asiento, comenzó la proyección.

La película transcurría sin mucho entusiasmo. Una trama rutinaria en la que un hombre y una mujer se aman con denuedo, con un exceso de te quiero mucho y te amaré hasta que me muera. Muchas flores y muchas notas pegadas en la superficie de una nevera. Tal vez aquello se trataba de una ilusión idílica que encerraba algún tipo de secreto. En la última de las secuencias de la película, el hombre camina por la ciudad, solo y despistado. Llueve con firmeza y no sabe qué hacer. Mira su reloj y se percata de que la sesión ya ha comenzado. El cine es viejo y le deslustra una capa derrotada de pintura. Entra y atraviesa lentamente una alfombrilla roja. La taquillera le sonrío y le invita con un gesto manual. Abre la puerta de la sala y el haz de luz de una linterna orienta su camino. Solo entonces, decenas de cabezas nos orientamos hacia él y comentamos algo que él no llega a comprender. Nada más sentarse a mi derecha, aparecen los créditos de la película.

Relato: VIDA DE PERROS

Autor: JUAN LORENZO COLLADO GÓMEZ

Vamos a ver si nos entendemos.

¿Ha dicho el presidente Sánchez que me tengo que estar aquí encerrada con el canalla de mi marido quince días?

Ya me gustaría a mí verlo en mi situación y a mis años, que una ya comienza a tener sus achaques y no puedo dejar de tintarme el pelo para esquivar la realidad de los tonos grises.

Pero lo peor es que yo necesito un poquito de tranquilidad, escuchar la radio mientras hago mis cosas, ir a la compra, charlar con las vecinas y poco más porque vivir con este guardián de todo lo que hago trunca cualquier otra iniciativa con sus castigos. Si tengo que estar con él las veinticuatro horas del día sería para mí una tragedia.

Si no es por no salir, que con este carcelero ya salgo solamente lo justito y mi mayor compañía es la radio y leer algún libro porque ni la tele me deja ver cuando está en casa.

No puede ser, si mi único descanso es cuando no está, porque con tanto amor por aquí y por allá no me escapo de alguna bofetada de esas de cariño conyugal que me deja las mejillas que no necesito colorete. Eso cuando no me quita la ropa interior, no es algo esencial, y, sin más, me hace el amor, eso dice él porque esto de satisfacerse él solo tiene poco de amor, amén de que eso del orgasmo viene a ser como el paso de cometa Halley.

Si para mí un día cualquiera es un sinvivir, que Segundo esté aquí todo el día va a ser como si me hubieran condenado a galeras sin excluir el látigo ni todo tipo de vejaciones verbales.

El caso es que me voy a preparar en un macuto lo más necesario y me bajo a la calle hasta que me detenga la policía y, si tengo suerte, que me lleven a vivir lejos durante esta cuarentena de perra vida que llevo desde hace demasiados años.